



NORA ROBERTS

SAGA LOS MACGREGOR

Ahora y siempre

Mientras Daniel MacGregor, el fundador de la dinastía MacGregor, yace en una cama de hospital luchando por su vida, su esposa, Anna, recuerda el pasado: cómo Daniel vio en ella al amor de su vida y se convirtió en su mayor reto conquistarla y convertirla en su mujer para vivir juntos una historia de amor que durara toda la vida...

Prólogo

—Mamá.

Anna MacGregor entrelazó la mano con la de su hijo mientras éste se sentaba a sus pies. El pánico, el miedo, la tristeza brotaban en su interior y chocaban contra el férreo muro de su fuerza de voluntad. No iba a perder el control. No podía. Sus hijos ya estaban llegando.

—Caine.

Tenía los dedos fríos como el hielo, pero no le temblaban. La tensión de las horas pasadas había hecho desaparecer el color de su rostro y sus ojos estaban sombríos. Sombríos y asustados. Caine pensó entonces que, hasta ese momento, nunca había visto a su madre asustada. Jamás.

—¿Estás bien?

—Por supuesto —sabía lo que Caine necesitaba escuchar. Le dio un beso en la mejilla—. Y, ahora que habéis llegado vosotros, mucho mejor.

Con la mano libre, tomó la de Diana mientras su nuera se sentaba a su lado. La nieve cubría el pelo oscuro y largo de Diana y comenzaba a derretirse ya sobre los hombros de su abrigo. Anna tomó aire antes de mirar de nuevo a Caine.

—Habéis llegado muy rápido —comentó.

—Hemos fletado un avión —bromeó Caine.

Detrás de aquel hombre adulto, prestigioso abogado y reciente padre de familia, se escondía un niño que estaba deseando gritar contra el mundo. Su padre era invulnera-

ble. Su padre era un MacGregor. No podía estar destrozado en la cama de un hospital.

—¿Está muy mal?

Anna era médica y podía darle un parte preciso: costillas rotas, pulmones encharcados, conmoción cerebral y una hemorragia interna que en aquel momento estaban intentando detener sus colegas.

—Está en el quirófano —estrechó con fuerza la mano de su hijo y casi consiguió sonreír—. Es fuerte, Caine. Y el doctor Feinstein es el mejor del estado —tenía que apoyarse en eso y en su familia—. ¿Y Laura?

—A Laura la hemos dejado con Lucy Robinson —contestó Diana quedamente. Sabía lo que era tener que controlar los propios sentimientos. Acarició lentamente la mano de Anna—. No te preocupes, Anna.

—No, no estoy preocupada —aquella vez, Anna consiguió sonreír—. Pero ya conoces a Daniel. Laura es su primera nieta. Y cuando se despierte vamos a tener que enfrentarnos a un montón de preguntas.

—Anna —Diana deslizó el brazo por el hombro de su suegra. Le parecía de pronto tan pequeña, tan frágil...—. ¿has comido algo?

—¿Qué?

Anna sacudió ligeramente la cabeza y se levantó. Tres horas. Daniel llevaba tres horas en el quirófano. ¿Cuántas veces había estado ella en la sala de operaciones, luchando para salvar la vida de alguien mientras las personas que amaban a su paciente esperaban en aquella misma sala de espera, en aquellos pasillos fríos y asépticos? Había tenido que luchar duramente para poder estudiar medicina y lo había hecho porque quería aliviar el dolor de los otros, curar a los demás de un modo diferente. Y, en aquel momento, cuando su marido estaba herido, lo único que podía hacer era esperar. Como cualquier otra mujer. No, no como cualquier otra mujer, se corrigió a sí misma, porque ella sabía el aspecto que tenía un quirófano, conocía su olor y los

sonidos que se escuchaban dentro. Conocía las máquinas, el instrumental y el esfuerzo que en él se realizaba. Y quería gritar. Flexionó las manos y se acercó a la ventana.

Detrás de aquellos ojos oscuros y serenos se escondía una voluntad de hierro. Y tenía que hacer uso de ella por sí misma, por sus hijos y, principalmente, por Daniel. Si había alguna posibilidad de hacerle volver a la vida con la sola fuerza de su deseo, la emplearía. Sabía que había algo más allá del saber de los médicos, de las condiciones objetivas de la salud para recuperar la vida.

Estaba a punto de dejar de nevar. La nieve, pensó mientras observaba caer los últimos copos, que convertía unos neumáticos en objetos mortalmente traicioneros. La nieve que había cegado a un joven, haciéndole perder el control de su coche y estrellarse contra el ridículo biplaza de su marido. Apretó los puños con fuerza.

¿Por qué no habría ido en la limusina? ¿Qué estaría intentando demostrar con aquel ridículo juguete rojo? Siempre exhibiéndose, siempre... Sus pensamientos volaron hacia atrás en el tiempo y relajó las manos. ¿No era esa una de las razones por las que se había enamorado de él? ¿No era acaso uno de los motivos por los que lo había amado y vivido a su lado durante casi cuarenta años? Maldito fuera, Daniel MacGregor, lo maldijo. Era imposible decirle nada a Daniel MacGregor, era imposible hacerle entrar en razón. Anna se llevó la mano a los ojos y estuvo a punto de soltar una carcajada. Eran incontables las veces que se lo había dicho durante sus años de matrimonio. Y lo adoraba por ello.

El sonido de unos pasos la hizo darse la vuelta. Vio entonces a Alan, el mayor de sus hijos. Daniel había jurado que alguna vez tendría un hijo que llegaría a la Casa Blanca. Y, aunque Alan estaba a punto de convertir aquel sueño en realidad, de los tres hermanos, era el que más rasgos había sacado de ella. Los genes de los MacGregor eran

fuertes. Los MacGregor eran personas fuertes. Se dejó caer suavemente en los brazos de Alan.

—Me alegro de que estés aquí —su voz era firme, pero había dentro de ella una mujer que necesitaba llorar y llorar—. Pero tu padre se va a enfadar contigo por haber traído a tu esposa en su estado —Anna miró a Shelby sonriendo y le tendió la mano. Su nuera, una joven de pelo de fuego y ojos dulces, estaba a punto de tener un hijo—. Deberías sentarte.

—Me sentaré si te sientas tú.

Sin esperar respuesta, Shelby tomó a Anna de la mano y la condujo hasta una silla. En cuanto Anna se sentó, Caine le puso una taza de café entre las manos.

—Gracias —musitó Anna y bebió un sorbo de café para complacer a su hijo.

Olía el café, fuerte y caliente, y sentía que le escaldaba la lengua, pero no podía saborearlo. Anna escuchaba el sonido de los timbres de las habitaciones y el roce de las suelas contra las baldosas. Hospitales. En ellos se sentía como en la fortaleza que Daniel había construido para que vivieran ellos dos. Siempre se había sentido cómoda en los hospitales, segura en aquellos pasillos antisépticos. Pero en aquel momento se sentía impotente.

Caine caminaba nervioso. Era normal en él, era demasiado nervioso para estar quieto. Qué orgullosos se habían sentido ella y Daniel el día que había ganado su primer caso. Alan continuaba sentado a su lado, quieto, pensativo, como siempre lo había sido. Estaba sufriendo. Anna observó a Shelby deslizándose la mano en la de su hijo y se sintió satisfecha. Sus hijos habían elegido bien. «Nuestros hijos», pensó, intentando comunicarse mentalmente con Daniel. Caine con Diana, una mujer tranquila y voluntariosa. Alan con Shelby, un espíritu libre. El equilibrio era tan importante en una relación como el amor y la pasión. Ella lo había encontrado. Y también sus hijos. En cuanto a su hija...

—¡Rena! —Caine estaba ya cruzando la sala para abrazar a su hermana.

Cuánto se parecían, pensó Anna vagamente. Los dos rubios y delgados. De todos sus hijos, Serena era la que más se parecía a su padre en temperamento y cabezonería. En ese momento, su hija ya era también madre. Anna sentía la fuerza serena de Alan a su lado. Los tres eran ya adultos. ¿Cuándo habría ocurrido exactamente? ¿Y cómo lo habrían conseguido hacer tan bien?, le preguntaba a su esposo. Cerró los ojos un instante y amenazó mentalmente a Daniel; ¡que no se le ocurriera dejarla disfrutando sola de aquella hermosa familia!

—¿Y papá? —con una mano, Serena se agarraba a su hermano. Con la otra se aferraba a su marido.

—Todavía está en el quirófano —los cigarros y el temor habían enronquecido la voz de Caine. Se volvió hacia Justin—. Me alegro de que hayáis venido. Mi madre nos necesita a todos.

—Mamá —Serena se arrodilló a los pies de su madre, como hacía siempre que necesitaba consuelo o conversación—. Se pondrá bien. Es un hombre fuerte y obstinado.

Pero Anna leía la súplica que encerraba la mirada de su hija. Le estaba pidiendo que le dijera que todo saldría bien. Eso bastaría para que ella también lo creyera.

—Por supuesto que se pondrá bien —alzó la mirada hacia el marido de su hija. Justin, al igual que Daniel, era un jugador. Anna acarició la mejilla de Serena—. ¿Crees que se perdería por algo del mundo una reunión como ésta?

Serena dejó escapar una temblorosa risa.

—Justin ha dicho lo mismo —sonrió y vio que Justin se había acercado ya a saludar a su hermana Diana—. Diana —Serena se levantó para abrazarla—. ¿Cómo está Laura?

—Esta maravillosa. Le ha salido ya el segundo diente. ¿Y Robert?

—Hecho un diablillo —Serena pensó en su hijo, que a su corta edad ya adoraba a su abuelo—. Shelby, ¿cómo te

encuentras?

—Gordísima —esbozó una sonrisa radiante, intentando ocultar que ya llevaba más de una hora de parto—. He llamado a mi hermano —se volvió hacia Anna—. Grant y Genie también vienen hacia aquí. Espero que no te parezca mal.

—Claro que no —Anna le palmeó la mano—. Ellos también son parte de la familia.

—Papá se va a emocionar cuando se despierte —Serena tragó saliva, intentando deshacer el nudo que el miedo había formado en su garganta—. Con toda esta atención... Y, además, tenemos algo que anunciarle —miró a su marido—. Justin y yo vamos a tener otro hijo. El linaje está asegurado. Mamá —se le quebró la voz y se arrodilló otra vez a los pies de su madre—, Daniel se va a sentir muy orgulloso, ¿verdad?

—Claro que sí —le dio dos besos en las mejillas. Pensó en los nietos que tenía y en aquéllos que iba a tener. La continuidad, la inmortalidad de la familia, Daniel. Siempre Daniel—. Pensará que todo esto es obra suya.

—¿Y no lo es? —musitó Alan.

Anna luchó para contener las lágrimas. Qué bien conocían todos ellos a su padre.

—Sí, claro que lo es.

Hubo más paseos, susurros y abrazos mientras el tiempo iba pasando lentamente. Anna dejó la taza de café sin terminar a un lado. Cuatro horas y veinte minutos. Estaban tardando demasiado. A su lado, Shelby se tensó y comenzó a respirar hondo. Automáticamente, Anna posó la mano en su vientre.

—¿Son muy frecuentes? —le preguntó.

—Ahora mismo cada cinco minutos.

—¿Y desde cuándo?

—Desde hace un par de horas —miró a Anna, aterrada y emocionada al mismo tiempo—. Un poco más de tres. Me gustaría haber elegido un momento mejor.

—Has elegido el momento perfecto. ¿Quieres que te acompañe?

—No —le dio un beso en el cuello—. Estaré bien. Todo va a salir bien, Alan —le tendió la mano para que la ayudara a levantarse—, me temo que el niño no va a nacer en el hospital de Georgetown.

Alan tiró suavemente de ella.

—¿Qué?

—Voy a tenerlo aquí. Y muy pronto —se echó a reír cuando su marido la miró con los ojos entrecerrados—. Los bebés no entienden de lógica, Alan. Y este ya está dispuesto a venir al mundo.

El clan entero los rodeó, ofreciéndoles ayuda, consejo y apoyo. Con su estilo tranquilo y eficiente, Anna llamó a una enfermera y le pidió una silla de ruedas. A los pocos minutos, Shelby ya estaba preparada para ir a la sala de partos.

—Me pasaré por allí para ver cómo van las cosas.

—Estaré bien —Shelby tomó la mano de Alan—. Dile a Daniel que va a ser un niño.

Anna observó a Shelby y a Alan desaparecer tras las puertas del ascensor justo antes de que el doctor Feinstein entrara en la sala de espera.

—Sam —exclamó Anna y se acercó rápidamente a él.

En el marco de la puerta de la sala de espera, Justin re-
tuvo a Caine.

—Déjala sola un momento —murmuró.

—Anna —Feinstein posó las manos en sus hombros. Anna no solo era una colega o una cirujana a la que respetaba. Era también la mujer de un paciente—. Daniel es un hombre fuerte.

Anna sintió renacer la esperanza y se esforzó en tranquilizarse.

—¿Lo suficiente?

—Ha perdido mucha sangre, Anna, y ya no es un joven. Pero hemos detenido la hemorragia —vaciló, pero comprendió al instante que la respetaba demasiado para eludir

lo que a los dos los preocupaba—. Lo hemos perdido una vez en la mesa de operaciones, pero en décimas de segundo ya estaba él luchando para volver a la vida. Quiere vivir, Anna. Se va a aferrar a todo lo que pueda para sobrevivir.

Anna se cruzó de brazos. Estaba helada. ¿Por qué serían tan fríos aquellos pasillos?

—¿Cuándo podré verlo?

—Lo van a llevar a la Unidad de Cuidados Intensivos —tenía las manos entumecidas después de tantas horas de trabajo—. Anna, no hace falta que te diga lo que significan las próximas veinticuatro horas.

Vida o muerte.

—No, no es necesario. Gracias, Sam. Voy a hablar con mis hijos. Después subiré.

Dio media vuelta. Era una mujer pequeña, adorable, con un pelo azabache que aclaraban ya algunas hebras plateadas. Su rostro estaba limpiamente dibujado y su piel era tan suave como en su juventud. Había criado a tres hijos, había llegado a la cima en su profesión y había pasado media vida amando a un solo hombre.

—Ya ha salido del quirófano —dijo con calma, haciendo uso de la capacidad de control que siempre la había caracterizado—. Van a llevarlo a Cuidados Intensivos. Y ya han conseguido detener la hemorragia.

—¿Podemos verlo? —preguntaron sus hijos casi al mismo tiempo.

—Cuando se despierte —su tono era firme. Estaba de nuevo a cargo de la situación. Algo que se le daba perfectamente—. Voy a quedarme aquí esta noche —miró el reloj—. Es posible que se despierte en cualquier momento y será mejor que sepa que estoy a su lado. Pero no podrá hablar hasta mañana —era la única esperanza que podía darles—. Ahora quiero que vayáis todos a maternidad para ver cómo está Shelby. Quedaos todo el tiempo que queráis con ella. Después, regresad a casa a esperar. Os llamaré en cuanto se produzca algún cambio.

—Mamá...

Anna interrumpió a Caine con una sola mirada.

—Haz lo que te he dicho. Os quiero descansados y preparados para cuando tu padre pueda veros —acarició la mejilla de Caine—. Hacedlo por mí.

Dejó a sus hijos y subió a consolar a su marido.

Daniel estaba soñando. A pesar de los tranquilizantes y los somníferos, Daniel era consciente de que estaba soñando. Estaba en un mundo dulce y lleno de recuerdos. Aun así, continuaba luchando porque necesitaba orientarse. Cuando abrió los ojos, vio a Anna a su lado. No necesitaba nada más. Era muy hermosa. Siempre lo había sido. Aquella mujer fuerte, obstinada y serena a la que primero había admirado y después amado y respetado. Intentó tomarle la mano, pero era incapaz de levantar la suya. Furioso por su debilidad, volvió a intentarlo, pero oyó entonces la voz dulce de Anna sobre él.

—Sigue tumbado, cariño. No voy a irme de aquí. Me quedaré a tu lado, esperando —Daniel creyó sentir sus labios en el dorso de su mano—. Te amo, Daniel MacGregor. Maldito seas.

Daniel sonrió. Y cerró los ojos.

Capítulo 1

Un imperio. A los quince años, Daniel MacGregor se había prometido a sí mismo que tendría uno, lo levantaría y lo dirigiría el mismo. Y él siempre cumplía su palabra.

Tenía treinta años y estaba trabajando para conseguir su segundo millón de dólares de la misma manera que había trabajado para conseguir el primero. Como siempre había hecho, utilizaba su fuerza, su cerebro y su astucia, en el orden que considerara conveniente. Cuando había llegado a América, cinco años antes, Daniel solo contaba con el dinero que había ganado trabajando primero en la mina y después como contable para Hamus McGuire. También llevaba consigo un cerebro astuto y una elevada ambición.

Podía haber pasado por un rey. Medía cerca de dos metros y tenía una complexión fuerte, acorde con su altura. Su tamaño había bastado para evitarle muchas peleas, aunque también inducía a algunos hombres a desafiarlo. Cualquiera de las dos cosas le iba bien a Daniel. Era un hombre conocido por su fuerte carácter, pero él se consideraba a sí mismo una persona tranquila. De hecho, no creía haber distribuido más dosis de puñetazos de las que a cualquier hombre le correspondía.

Tampoco se consideraba atractivo. Tenía una mandíbula cuadrada, fuerte, y en su perfil derecho una cicatriz causada por una viga caída en la mina. Como una concesión a su vanidad, se había dejado crecer la barba en su primera juventud. Doce años después, allí continuaba, tupida y roja, enmarcando su rostro y mezclándose con un pelo que llevaba demasiado largo para la época. Aquella combinación

le confería un aspecto fiero y regio que le gustaba. Sus pómulos, altos y rosados, y su boca, parecían sorprendentemente suaves en medio de aquella melena salvaje. Sus ojos eran de color azul intenso y brillaban con buena voluntad cuando sonreía de verdad, pero podían adquirir la calidad del hielo cuando su sonrisa carecía de humor.

Imponente. Ése era uno de los adjetivos que se utilizaban para describirlo. Implacable era otro. A Daniel no le importaba cómo lo describieran siempre y cuando él no se enterara. Era un jugador intrépido. Su reino era la ruleta y su bolsa de valores la mesa de juegos. Cuando Daniel jugaba, lo hacía para ganar. Aprovechaba sus oportunidades, pero continuaba jugando. Nunca había buscado la seguridad, porque la seguridad llevaba aparejado el aburrimiento.

Aunque había nacido pobre, Daniel MacGregor no era un adorador del dinero. Lo usaba, lo manejaba y jugaba con él. El dinero significaba poder y el poder era un Anna.

En América, se había encontrado con una vasta arena en la que desenvolverse. Estaba Nueva York, con su ritmo ajetreado y sus ávidas calles. Un hombre con cerebro y valor podía ganar allí una fortuna. Y también Los Ángeles, con su glamour y sus grandes apuestas; una ciudad en la que un hombre con imaginación podía moldear un imperio. Daniel había pasado temporadas en ambas ciudades, había tenido sus escauceos en el mundo de los negocios de ambas orillas pero, al final, había elegido Boston como base para sus negocios y para levantar su hogar. No era solo dinero o poder lo que buscaba, sino un estilo. Boston, con su antiguo encanto, su dignidad y su esnobismo, encajaba perfectamente con el estilo de Daniel.

Él procedía de una larga estirpe de guerreros que había sobrevivido gracias al ingenio y la espada. El orgullo por su linaje era su fuerza, su fuerza y su ambición. Daniel pretendía ver prolongarse su linaje en sus hijos e hijas. Como hombre con visión de futuro que era, no tenía ningún pro-

blema para imaginarse a sus nietos heredando el imperio que él había levantado. Era absurdo tener un imperio si no había una familia con la que compartirlo. Pero, para formar una, tenía que encontrar a la mujer adecuada. Para Daniel, encontrarla era tan importante como encontrar la primera pieza de su estado. Y había ido al baile de los Donahue para probar suerte.

Odiaba el cuello alto de la camisa y aquella corbata que lo estaba estrangulando. Cuando un hombre tenía la constitución de un toro, necesitaba sentir su cuello libre. El traje que llevaba se lo había hecho en Boston un sastre de la calle Newburry. Daniel se los encargaba casi siempre a él, porque así lo demandaba su tamaño. Había sido la ambición la que lo había metido en aquel traje, pero no tenía por qué gustarle. Otro hombre vestido con aquel elegante esmoquin negro y la camisa blanca habría parecido distinguido. Daniel, ya fuera con un traje de tartán o con esmoquin, siempre resultaba rimbombante. Y así lo prefería él.

A Cathleen Donahue, la hija mayor de Maxwell Donahue, también le gustaba.

—Señor MacGregor —recién salida de un internado suizo, Cathleen sabía perfectamente cómo servir el té, bordar con hilo de seda y coquetear de manera elegante—, espero que esté disfrutando de nuestra pequeña fiesta.

Su rostro parecía de porcelana y su pelo de lino. Daniel pensó que era una pena que tuviera los hombros tan delgados, pero él también conocía el arte del flirteo.

—Ahora estoy disfrutando mucho más, señorita Donahue.

Sabiendo que a la mayor parte de los hombres les molestaban las carcajadas de las mujeres, Cathleen rio muy bajito. La falda de su vestido crujió suavemente cuando se sentó a su lado, al final de la enorme mesa en la que habían servido el *buffet*.

Cualquiera que se acercara a probar las trufas o el salmón podría verlos juntos. Y le bastaba volver mínimamente

la cabeza para ver el reflejo de los dos en uno de los espejos de la pared. Cathleen decidió que le gustaba lo que veía.

—Mi padre me ha dicho que está interesado en comprar un terreno en el acantilado de Hyannies Point —batió las pestañas—. Espero que esta noche no haya venido para hablar de negocios.

Daniel tomó dos copas de la bandeja que acababa de acercarle uno de los camareros. Él habría preferido tomar un whisky escocés en un vaso grueso, en vez de champán en una copa tan fina, pero un hombre que no sabía adaptarse a las cosas, perdía otras muchas. Mientras bebía, observó el rostro de Cathleen. Sabía que Maxwell Donahue no hablaba de negocios con su hija más de lo que él podría hablar de moda con ella, pero Daniel no la culpaba por mentir. De hecho, le concedía el mérito de haber averiguado aquella información. Pero, aunque la admirara por ello, era precisamente ésa la razón por la que no la consideraba como una posible esposa. La que fuera su mujer estaría demasiado ocupada cuidando de sus hijos para ocuparse de sus negocios.

—Los negocios siempre son menos importantes que una mujer adorable. ¿Alguna vez ha estado en los acantilados?

—Por supuesto —inclinó la cabeza y las flores de diamante que llevaban en las orejas resplandecieron—. Pero prefiero la ciudad. ¿Va a asistir a la cena de los Ditmeyer la semana que viene?

—Si estoy en la ciudad...

—Viaja usted mucho —Cathleen sonrió antes de dar un sorbo a su copa. Ella se sentiría muy cómoda con un marido que viajara—. Debe ser muy emocionante.

—Lo exige mi trabajo —comentó. Entonces añadió—: Pero usted acaba de volver de París.

Halagada al enterarse de que había notado su ausencia, Cathleen sonrió radiante.